

avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

D^a. IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de V. ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque sino, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

D^a. IRENE.

¿Y aquella chica que hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

D^a. IRENE.

¿Que pereza tengo de escribir! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana.

RITA.

¿Que chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¿Que poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras! (*Entrase en el cuarto de doña Francisca.*)

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(*Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.*)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Colección de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... Ay! ay!... Y que agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que sino, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene den-

tro... En fin, como los animales amanezan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.*) Oiga!... Seguidillitas?... Y no canta mal.... Vaya, aventura tenemos... Ay! que desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta V. de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

Calle!... Rita!

RITA.

Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Que hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apenas recibí la carta de doña Paquita, yo no sé adonde fue, ni con quien habló, ni como lo dispuso: solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar

chasquidos.... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesión de su Currita idólatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¿Que gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

Amor?... Friolera!... El moro Gazul fue para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Como te hallo aquí? ¿Con quien estás? ¿Cuando llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita tia, se vió en la necesidad de responder que estaba

pronta á todo lo que la mandasen.... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. A pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñiques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejámos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormiremos

esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... A Dios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.*)

RITA.

¿Y adonde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo.... Pero el novio ¿trac consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!.. Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

Bribona!

RITA.

Botarate! A Dios.

CALAMOCHA.

A Dios, aborrecida.

(*Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.*)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¡Que malo es!.. Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!.. Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.*) Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quereros: no tiene remedio, quererlos.... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? Pobrecita! ¿Pues no sería una lástima que... Ella es.

(*Sale doña Francisca.*)

D^a. FRANCISCA.

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado V.?

D^a. FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre.... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles.... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él.... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija V.

D^a. FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oído... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada.. Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que sino... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón. (*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quien sabe?... ¿No se acuerda V. ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del Intendente?

D^a. FRANCISCA.

Ay! ¿como puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...

D^a. FRANCISCA.

¡Que rodeos!.. Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fue acompañando hasta la ciudad...

D^a. FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces.... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Porqué, señora!.. ¿A quien dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con V., mediaba entre los dos una distancia tan grande, que V. la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita.... Mire V. que todo cuanto hemos leído á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda V. de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

D^a. FRANCISCA.

¡Ay Rita! Si, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memo-

ria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

D^a. FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

¡Que bobería! Desengáñese V., señorita. Con los hombres y las mugeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quejese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancia.... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe V. que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

D^a. FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!.. Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

RITA.

No señora, no ha dicho eso.

D^a. FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero...

(*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

D^a. FRANCISCA.

¿Adonde vas?

RITA.

Quiero ver si...

D^a. FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á V. es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

D^a. FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto.... Calamocha acaba de hablar conmigo.

D^a. FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Si señora... Y le ha ido á buscar para...

D^a. FRANCISCA.

¿Con que me quiere?.. ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... ¿Pero ves que fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme.... porque yo se lo mando!... ¡Que agradecida le debo estar!.. Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

D^a. FRANCISCA.

Dices bien... Pero no, él tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente.... ¿Y como

has de avisarme?.. Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende V.?

D^a. FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar.... Además, que si está allí don Diego...

D^a. FRANCISCA.

Bien, anda, y así que llegue...

RITA.

Al instante.

D^a. FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

D^a. FRANCISCA.

¡Si vieras que consolada estoy!

RITA.

Sin que V. lo jure, lo creo.

D^a. FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

D^a. FRANCISCA.

Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.

(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (Acércase á la puerta del foro y ouelve.) ¡Que impaciencia tengo!.. Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

D^a. IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

D^a. FRANCISCA.

Como estaba V. acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

D^a. IRENE.

¿Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (Siéntase.) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

D^a. FRANCISCA.

Me parece que no.

D^a. IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...

D^a. FRANCISCA.

Bien; si señora, ya lo sé. No me riña V. mas.

D^a. IRENE.

No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando.... Médicos, botica.... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coluquintida y asafétida.... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

D^a. FRANCISCA.

Yo, nada, mamá.

D^a. IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!.. En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.)

D^a. IRENE.

Vaya, muger, yo pensé que en todo la noche no venias.